

nan tos hombres a la España
por el chico volverán!

Por aquello los soldados
estaban enfurecidos,
el envenenar el agua
se hallaban muy resentidos.

A los cuatro o cinco días
las mismas trepas entraron
en las kábilas que fueron
y a degüello principiaron.

Por el temor a la muerte
los moros abandonaron
varios sitios peligrosos
y de los muertos se apoderaron.

Iban por bajo de tierra,
que todo estaba minado,
y a modo de una cisterna
en un rincón se encontraron.

Ya pusieron atención
los españoles soldados,
y sentían llorar hombres
dentro de aquel subterráneo.

Unos llamando a la Virgen,
otros su madre querida,
cada uno clamaba
la devoción que tenía.

—Si nuestras madres supieran
que va a acabar nuestra vida,
para bien de nuestras almas
¡cuánto a Dios rogarían!

Pero un valiente soldado
enseguida se acerco.
la tapa del subterráneo,
con furia la levante.

El soldado desde arriba
pregunta a los de abajo:

—¿Qué gente sois? Y enseguida
llorando contestaron:

—Españoles, treinta y cinco
somos los que hay aquí dentro,
solos por nuestra desgracia

nos cogieron prisioneros.

—No me conformo con eso,
el de arriba contesto.
porque estoy escarmentado
y le temo a la traición,

Contestarme uno solo
con su nombre y apellidos,
y también quiero saber
de donde sea nacido

Enseguida contestaba
uno muy rápidamente:

—Yo mismo te lo diré
sin ningún inconveniente

Me llamo José Perales,
en Murcia bautizado,
con los mismos apellidos
mi padre, señor Mariano

Mi madre Pepa María,
su apellido valenciano.
Ahora verán ustedes
lo que vino resultando.

El soldado que de arriba
hablaba con el de abajo,
eran las madres hermanas
y ellos los primos hermanos.

Prisioneros treinta y cinco
eran los que habían dentro,
a treinta y cuatro salvaron,
porque uno se había muerto.

Era un cuadro de tristeza
cuando de abajo salían,
unos a otros se abrazaban
llorando de alegría.

Les dieron el alimento,
los pusieron a caballo,
que no podían andar
porque estaban desmayados

De la guerra de Melilla
debemos de recordar
los que vuelvan a sus casas
¡cuánto tendrán que contar!



El Peñón de la Gomera

SEGUNDA PARTE

Sagrada Virgen del Remedio
rogad por nuestros soldados
que se hallan en Melilla
peleando con los moros.

Por culpa de los salvajes,
traidores de nacimiento,
¡cuántas madres en España
lloran de sentimiento!

¡Cuánto allí tendrán sufrido,
si se pudiera saber,
pasando ratos de hambre,
sin agua y con gran sed!
Ahora deben ustedes
prestar un poco de atención,
me oirán este cuadro
que ha causado admiración.

Entre tres o cuatro moros
a un soldado se encontraron
que el pobre iba perdido
por las sierras y barrancos.

Ellos iban muy contentos,
guaseándose de él,
diciendo—¡Qué mala suerte,
español, vas a tener!

Llegaron al domicilio
y en un cuarto le matieron,
pegándole bofetadas
y azotándole su cuerpo.

Los traidores le decían:
—¡Qué mala suerte has tenido,
para pagar lo que debes
has de morir consumido!